

La revolución en China y en Europa

Carlos Marx

20 de mayo de 1853

(Tomado de C. Marx y F. Engels, *Acerca del colonialismo*, Editorial Progreso, Moscú, s/f, páginas 59-17; también para las notas. Escrito el 20 de mayo de 1853, publicado como artículo de fondo en *New-York Daily Tribune*, número 3.794, 14 de junio de 1853.)

Un profundísimo investigador, aunque dado a especulaciones fantásticas, de los principios que gobiernan el movimiento de la Humanidad¹ solía encarecer como uno de los secretos que rigen la naturaleza lo que él llamó la ley de la unidad de los contrarios (*contact of extremes*). El extendido proverbio “los extremos se tocan” era, a juicio suyo, una gran y poderosa verdad en todas las esferas de la vida; un axioma que el filósofo no puede dar de lado, lo mismo que el astrónomo las leyes de Kepler o el gran descubrimiento de Newton.

Puede verse una brillante ilustración de si la “unidad de los contrarios” es un principio tan universal o no en el efecto que la revolución china² parece producir en el mundo civilizado. Puede parecer un aserto muy extraño y paradójico el que la próxima rebelión de los pueblos de Europa y su próximo movimiento por la libertad republicana y la economía de gobierno dependa con más probabilidad de lo que está pasando ahora en el Imperio Celeste (totalmente opuesto a Europa), que de cualquier otra causa política existente hoy, más aún incluso que de las amenazas de Rusia y la consiguiente posibilidad de una guerra general europea. Y, sin embargo, esto no es ninguna paradoja, como todos pueden comprender si examinan atentamente las circunstancias del caso.

Cualesquiera que sean las causas sociales que han producido las rebeliones crónicas que duran en China ya unos diez años y han abocado en una revolución formidable y cualquiera que sea la forma religiosa, dinástica o nacional que asuman, la ocasión para el estallido lo han dado incuestionablemente los cañones ingleses que obligaron a China a tomar la soporífera droga llamada opio. La autoridad de la dinastía manchú cayó hecha añicos ante las armas británicas; la fe supersticiosa en la eternidad del Imperio Celeste se vino abajo; el bárbaro y hermético aislamiento en que se mantenía del mundo civilizado fue roto; se dio comienzo a las relaciones que se desarrollaron tan

¹ Hegel.

² En 1851 se desplegó en China un movimiento antifeudal de liberación que adquirió el carácter de poderosa guerra campesina. Comenzó en el sur, en la provincia de Kuang-si, extendiéndose luego a las provincias centrales y abarcando casi toda la zona de la corriente inferior y media del Yangtsé. Durante la guerra, los insurrectos crearon el “Estado Celeste de la Gran Prosperidad” (“Tai-ping tien-kuo”), con capital en Nankín, por lo que todo el movimiento recibió el nombre de movimiento de los tai-ping. Los tai-ping exterminaban a los feudales manchúes, que dominaban en China, abolieron los impuestos y suprimieron la gran propiedad feudal. La sublevación adquirió también un matiz religioso, típico de los movimientos campesinos, sobre todo en oriente, infiriendo un golpe al clero budista y a los monasterios, soporte de la dinastía manchú. La revolución tai-ping, que puso comienzo a la vasta lucha del pueblo chino contra el régimen feudal y los invasores extranjeros, no estuvo, sin embargo, en condiciones de acabar con el modo feudal de producción en China. En el Estado Tai-ping se formó una capa superior feudal propia, que concertó un compromiso con las clases dominantes, lo cual fue una de las causas del decaimiento del movimiento. El golpe fundamental a la revolución se lo asestó la intervención abierta de Inglaterra, los Estados Unidos y Francia (fingiéndose “neutrales” estos países ayudaron en un principio a la dinastía manchú) cuyas fuerzas armadas aplastaron, con las tropas de los feudales chinos, la sublevación tai-ping en 1864.

rápido bajo el atractivo del oro de California y Australia. Al mismo tiempo, la moneda de plata del Imperio, sangre de sus venas, empezó a escapar a las Indias Orientales británicas.

Hasta 1830 la balanza comercial fue constantemente favorable a los chinos y existió una importación ininterrumpida de plata de la India, la Gran Bretaña y los Estados Unidos a China. A partir de 1833, y especialmente de 1840, la exportación de plata de China a la India casi dejó exhausto el Imperio Celeste. De ahí, los duros decretos del emperador contra el comercio del opio, a los que se respondió con una resistencia aún más dura. Junto a esta consecuencia económica inmediata, el soborno, ligado con el contrabando del opio, ha desmoralizado enteramente a los funcionarios chinos en las provincias meridionales. Igual que el emperador era considerado como el padre de toda China, así eran considerados sus funcionarios como portadores de esas relaciones paternales en sus distritos respectivos. Mas esta autoridad patriarcal, único lazo moral que ligaba la vasta máquina del estado, fue corroída gradualmente por la corrupción de los funcionarios, que amasaron fortunas tolerando el contrabando del opio. Eso ocurrió principalmente en las provincias meridionales en que empezó la rebelión. Huelga casi la necesidad de hacer notar que el emperador y su séquito de mandarines pedantes fueron quedando desposeídos de su soberanía sobre China en la misma medida que la iba adquiriendo el opio. Creyérase que la historia hubiera tenido primero que embriagar a un pueblo entero antes de que éste pudiera despertar de su estupidez hereditaria.

Aunque escasa en tiempos anteriores, la importación de tejidos de algodón, igual que la pequeña importación de tejidos de lana de Inglaterra, aumentó rápidamente desde 1833, época en que el monopolio del comercio con China pasó de la Compañía de las Indias Orientales a comerciantes privados, y, en mucha mayor escala, desde 1840, época en que otras naciones, especialmente los Estados Unidos, obtuvieron también una parte en el comercio con China. Esta introducción de manufacturas extranjeras tuvo en la industria china un efecto similar al que tuvo anteriormente en Asia Menor, Persia y la India. En China los hilanderos y tejedores sufrieron grandemente a causa de esta competencia extranjera, originando el correspondiente desorden en la vida social.

La contribución que China hubo de pagar a Inglaterra por la infortunada guerra de 1840, el gran consumo improductivo de opio, la sangría de metales preciosos debida al comercio del opio, la influencia destructiva de la competencia extranjera en las manufacturas del país y la desmoralización de la administración pública tuvieron dos consecuencias: los viejos impuestos se hicieron más gravosos y arruinadores, y a éstos se añadieron otros nuevos. Así, en un decreto del emperador³, fechado en Pekín el 5 de enero de 1853, encontramos órdenes dadas a los virreyes y gobernadores de provincias meridionales como Wuchang y Hanyang para que reduzcan y aplacen el pago de las contribuciones y, especialmente, en modo alguno exigir más de la suma correspondiente; de lo contrario, se dice en el decreto, “¿cómo va a poder sobrellevarlo la pobre gente?”

“Así, quizás, [sigue el emperador, quede libre mi pueblo, en este período de calamidades y privaciones generales, de la desgracia de ser perseguido y molestado por los recaudadores de contribuciones”.

Recordamos haber oído semejante lenguaje y semejantes concesiones de Austria, esta China alemana, en 1848.

Todos estos factores disolventes que obraron a una en la Hacienda, la moral, la industria y la estructura política de China, obtuvieron su pleno desarrollo en 1840 bajo los cañones ingleses, que dieron al traste con la autoridad del emperador y forzaron al Imperio Celeste a entrar en contacto con el mundo terrenal. El aislamiento completo fue la primera condición para que se conservase la vieja China. Cuando, con el concurso de

³ Hien-fung.

Inglaterra, se puso fin violento a ese aislamiento, hubo de seguir la descomposición de manera tan segura como se descompone toda momia, cuidadosamente conservada en un sarcófago herméticamente cerrado tan pronto como entra en contacto con el aire fresco. Ahora, cuando Inglaterra ha motivado la revolución en China, la cuestión es cómo va a repercutir con el tiempo, esta revolución en Inglaterra y, a través de Inglaterra, en Europa. No es difícil dar una respuesta.

Hemos llamado a menudo la atención de nuestros lectores sobre el crecimiento sin par que cobraron las manufacturas inglesas desde 1850. En medio de la prosperidad más sorprendente no fue difícil descubrir los claros síntomas de la crisis industrial que se aproximaba. A pesar de California y Australia⁴, a pesar de la enorme emigración sin precedentes, si no sobreviene nada imprevisto, debe llegar, en tiempo oportuno, un momento en el que la extensión de los mercados sea incapaz de llevar el paso con la extensión de las manufacturas británicas, y esta desproporción deberá traer otra crisis con la misma certeza que en el pasado. Pero si uno de los grandes mercados se contrae repentinamente, el desencadenamiento de la crisis se acelera por necesidad. Pues bien, la rebelión china debe producir precisamente ese efecto en Inglaterra. La necesidad de abrir nuevos mercados o ampliar los viejos fue una de las causas principales de la reducción de los aranceles aduaneros del té en Inglaterra, pues, con el incremento de la importación del té, se esperaba que aumentase la exportación de manufacturas a China. El valor de las exportaciones anuales del Reino Unido a China ascendió, antes de suprimirse en 1833 el monopolio del comercio de la Compañía de las Indias Orientales, sólo a 600.000 libras esterlinas; en 1836 alcanzó la suma de 1.326.388 libras esterlinas; en 1845 creció a 2.394.827 libras esterlinas; y en 1852 llegó a unos 3.000.000 de libras esterlinas. La cantidad de té importada de China no excedió, en 1793, de 16.167.331 libras; pero en 1845 ascendió a 50.714.657 libras; en 1846, a 57.584.561 libras; y actualmente es de más de 60.000.000 de libras.

La cosecha del té en la última temporada no será pequeña, como prueban ya las listas de exportación de Shanghái, que rebasa en 2.000.000 de libras la del año anterior. Este exceso ha sido debido a dos circunstancias. Por un lado, el mercado experimentó, a fines de 1851, una gran depresión, y el considerable remanente pasó a la exportación de 1852. Por otro lado, tan pronto como se conocieron en China los cambios introducidos en la legislación británica respecto a las importaciones de té, todo el té disponible fue lanzado al mercado a precios mucho más altos. Mas, con relación a la futura cosecha, el caso es muy distinto. Esto se ve por los siguientes extractos de la correspondencia de una gran compañía londinense de té:

“En Shanghái cunde el pánico. El oro ha subido en un 25 por ciento, y *lo compran ansiosamente para acapararlo*; la plata ha desaparecido hasta el punto de que no se puede conseguir ni para pagar los derechos aduaneros de puerto que China impone a los barcos británicos; a consecuencia de lo cual Mr. Alcock ha consentido salir fiador ante las autoridades chinas del pago de esos derechos sobre recibo de letras de la Compañía de las Indias Orientales u otros valores garantizados. La escasez de los metales preciosos, vista con referencia al futuro inmediato del comercio, es uno de los rasgos más desfavorables, ya que su desaparición ocurre precisamente en un período en el que su uso es más necesario para que los compradores de té y seda puedan adentrarse en el interior y efectuar sus adquisiciones, por las que *se ha de pagar por adelantado una gran porción de moneda contante a fin de que los productores puedan seguir sus operaciones...* En este período del año es usual empezar por hacer contratos de compra de té nuevo; mas, como quiera que en el presente no se habla sino de los medios de protección del individuo y, la propiedad, todas las transacciones están detenidas... Si no se aplican medidas para

⁴ Se trata del descubrimiento de ricos yacimientos de oro en California en 1848 y en Australia en 1851, que influyó mucho en el desarrollo económicos de los países de Europa y América.

asegurar la recolección de la hoja en abril y mayo, la cosecha temprana, que incluye todas las variedades más finas de té negro y verde, se perderá lo mismo que se pierde el trigo no segado antes de las Navidades”.

Los medios para asegurar la recolección de la hoja del té no los proporcionarán, por cierto, las escuadras inglesa, norteamericana o francesa, estacionadas en los mares chinos, mas con su intervención podrán fácilmente originar tales complicaciones que cesarán todas las transacciones entre las regiones del interior productoras del té y los puertos exportadores del mismo. Así, para la presente cosecha es de esperar que suban los precios (la especulación ha empezado ya en Londres) y para la próxima es casi seguro que habrá un gran déficit. Mas eso aún no es todo. Los chinos, aunque estén dispuestos, como lo están los pueblos en los períodos de convulsiones revolucionarias a vender a los extranjeros todas las existencias de artículos de gran tamaño, acapararán, como los orientales tienen por costumbre hacer cuando se avecinan grandes cambios sus sedas y su té, y no tomarán a cambio nada más que moneda contante y sonante. Por consiguiente, Inglaterra debe esperar un alza en el precio de uno de sus principales artículos de consumo, una salida de moneda metálica y una gran contracción de un importante mercado para sus mercancías de algodón y lana. Hasta el *Economist*⁵, este conjurador optimista de cuanto amenaza a la tranquilidad de los espíritus de las gentes del comercio, se ve obligado a emplear un lenguaje como el que sigue:

“No debemos forjarnos ilusiones de encontrar un mercado tenso para nuestras exportaciones a China como hasta ahora... Es más probable que nuestro comercio de exportación a China decaiga y que disminuya la demanda de artículos de Manchester y Glasgow.”

No se debe olvidar que la subida del precio de un artículo tan indispensable como el té y la contracción de un mercado tan importante como el de China coincidirá con una cosecha insuficiente en Europa occidental y, por tanto, con el alza de los precios de la carne, de los cereales y los demás productos agrícolas. Ello originará una contracción de los mercados para los artículos manufacturados, porque cada elevación de los precios de los artículos de primera necesidad va seguida, tanto en el propio país como en el extranjero, de la correspondiente reducción de la demanda de artículos manufacturados. De todos los confines Gran Bretaña llegan quejas del mal estado de la mayoría de los sembrados. *Economist* dice a este respecto:

“En el sur de Inglaterra no sólo quedará mucha tierra sin sembrar hasta que sea demasiado tarde para poderla dedicar a cualquier cultivo, sino que mucha de la tierra sembrada, por lo visto, se cubrirá de hierbas o no estará en buenas condiciones para que crezcan las mieses. En los suelos húmedos o pobres, destinados al trigo, están apareciendo síntomas de que la cosecha será escasa. Puede decirse ahora que el tiempo de la siembra de la remolacha forrajera se ha dejado pasa ya, y se ha sembrado muy poca; está pasando también rápidamente el de preparar la tierra para los colinabos y no se han hecho ningunos preparativos adecuados para que se siembre este importante cultivo... Las lluvias y las nevadas han dificultado mucho la siembra de la avena. La siembra temprana de avena fue pequeña, y la tardía rara vez da buena cosecha... En muchos distritos han sido considerables las pérdidas del ganado de raza”.

Los precios de los productos agrícolas no cerealistas son del 20 al 30 y aun el 50 por ciento más altos que el año pasado. Los cereales han encarecido en el continente más que en Inglaterra. El precio del centeno en Bélgica y Holanda ha subido en el 100 por cien. Le siguen el trigo y otros cereales.

En estas circunstancias, como quiera que la industria y el comercio británicos han recorrido la mayor parte del ciclo económico ordinario, se puede augurar sin temor que

⁵ *The Economist* (el economista), revista semanal inglesa dedicada a cuestiones de economía y política, fundada en Londres en 1843; órgano de la gran burguesía industrial.

la revolución China echará la chispa en la mina, presta a explotar, del presente sistema industrial y desencadenará la crisis general que hace tiempo se venía acumulando, la cual, cuando se propague al extranjero, será seguida inmediatamente de revoluciones políticas en el continente. El espectáculo será curioso: China enviando desórdenes al mundo occidental, mientras las potencias occidentales ponen, con los barcos de guerra ingleses, franceses y norteamericanos, “orden” en Shanghái, Nankín y las bocas del Gran Canal. ¿Se olvidan estas potencias exportadoras del “orden”; que intentan sostener la tambaleante dinastía manchú, que el odio a los extranjeros y su expulsión del Imperio, puro resultado, en tiempos, de la situación geográfica y etnográfica de China, no se convirtieron en sistema político hasta la conquista del país por los tártaro-manchúes?⁶ No cabe la menor duda de que las turbulentas disensiones entre las naciones europeas, que empezaron a rivalizar desde fines del siglo XVII por el comercio con China, prestaron una poderosa ayuda a la política exclusivista, adoptada por los manchúes. Pero más aún que eso hizo el temor de la nueva dinastía a que los extranjeros pudieran favorecer el descontento existente entre una gran parte de chinos durante la primera mitad de siglo, poco más o menos, de su sometimiento a los tártaros. Por esa razón se prohibió a los extranjeros tener cualquier comunicación con los chinos, excepto por Cantón, ciudad situada a gran distancia de Pekín y las zonas del té, y su comercio fue limitado a los tratos con los mercaderes de Hong⁷, autorizados expresamente por el gobierno para que llevaran el comercio exterior a fin de mantener al resto de sus súbditos fuera de toda relación con los odiosos extranjeros. En todo caso, la intervención de los gobiernos occidentales en este tiempo puede servir únicamente para hacer la revolución más violenta y prolongar el estancamiento del comercio.

Al mismo tiempo, se debe hacer notar respecto a la India que la séptima parte de los ingresos del gobierno británico en este país depende de la venta de opio a los chinos en tanto que una considerable proporción de la demanda india de artículos manufacturados británicos depende de la producción de este opio en la India. Bien es verdad que los chinos parecen tan poco dispuestos a renunciar al opio como los alemanes a prohibir el tabaco. Pero, como se sabe que el nuevo emperador acoge favorablemente el cultivo de adormidera y la preparación del opio en la misma China, es muy probable que se asestará un golpe mortal tanto a la producción de opio en la India como a los ingresos de ésta y a los recursos comerciales del Indostán. Aunque los interesados no sientan inmediatamente este golpe, con el tiempo se notaría plenamente y contribuiría a intensificar y prolongar la crisis financiera universal cuyo horóscopo he compuesto más arriba.

Desde los comienzos del siglo XVIII no ha habido revolución seria en Europa que no haya ido precedida una crisis comercial y financiera. Esto no se refiere menos a la revolución de 1789 que a la de 1848. Bien es verdad que percibimos cada día síntomas más amenazadores de conflictos no sólo entre las autoridades y sus súbditos, entre el estado y la sociedad, entre las distintas clases, sino también entre las potencias existentes, conflictos que alcanzan gradualmente tal altura, en la que se ha de desenvainar la espada y recurrir a la última ratio de los soberanos. A las capitales europeas llegan diariamente noticias llenas de rumores de que estalla una guerra universal, rumores que se desvanecen

⁶ Las tribus manchúes agrupadas, que a principios del siglo XVII empezaron a amenazar a China, se llamaban también, a la par con los pueblos turco-mogólicos, tártaros, según el nombre de una tribu mongola que vivía en la Mongolia Nororiental y Manchuria durante la formación del imperio de Gengis-Kan.

⁷ *Hong*, abreviatura de Ko-Hong, compañía monopolista de comerciantes chinos de Cantón, fundada en 1720. Esta compañía comercial, único intermediario entre China y los mercaderes extranjeros, concentró en sus manos el comercio exterior del país hasta 1842. Por el Pacto de Nankín de 1842, la compañía Ko-Hong, que fue en cierta medida un obstáculo para la penetración de los extranjeros en los mercados interiores y para el contrabando inglés de opio, fue disuelta.

al día siguiente otras noticias que aseguran la paz por una semana o plazo parecido. Podemos estar seguros, sin embargo, que, a donde quiera que llegue el conflicto entre las potencias europeas, por amenazador que pueda parecer el horizonte diplomático y cualesquiera que sean los movimientos emprendidos por alguna entusiástica fracción de uno u otro país, la cólera de los príncipes y la furia de los pueblos se aplacarán en la misma medida con el hálito de la prosperidad. Ni las guerras ni las revoluciones podrán conmover profundamente a Europa si no son producto de una gran crisis general comercial e industrial cuya señal deberá dar, como siempre, Inglaterra, la representante de la industria europea en el mercado mundial.

No es necesario tratar de las consecuencias políticas que semejante crisis tendrá en nuestros días, cuando en Inglaterra están adquiriendo una extensión sin precedentes las fábricas y están en plena descomposición sus partidos oficiales, cuando todo el aparato del estado de Francia está transformado en un inmenso consorcio de especulación y bolsa, y Austria está en vísperas de la bancarrota, cuando las injusticias acumuladas por doquier deben ser vengadas por el pueblo, cuando entran en conflicto los intereses de las potencias más reaccionarias y cuando se revelan una vez más a todo el mundo los sueños de conquista de Rusia.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es